

CUANDO
PAPÁ NOEL
CAYÓ
DEL CIELO

CORNELIA FUNKE

Traducción del alemán de Rosa Pilar Blanco

Ilustraciones de Regina Kehn

 Siruela

Biblioteca Funke

CUANDO PAPÁ NOEL
CAYÓ DEL CIELO



Para Rolf

NICOLÁS REYES CAE DEL CIELO

En la noche del diez de diciembre una terrible tempestad se abatió procedente del norte. Mil relámpagos alanceaban las estrellas y el trueno retumbaba por el cielo negro como un tren de mercancías descontrolado.

Nicolás Reyes, de profesión Papá Noel, no se daba cuenta de todo eso. Yacía en su carromato roncando apaciblemente, mientras Estrella Fugaz, su reno, lo arrastraba a través de las nubes muy alto por encima del mundo dormido. Los relámpagos lamían el carromato destartado como lenguas de serpientes, pero Nicolás Reyes soñaba con almendras y mazapán como acostumbra los Papá Noel.

Estrella Fugaz corría cada vez más rápido entre las nubes negras, pero no podía escapar de la tormenta. La tronante oscuridad se tragaba las estrellas, y los relámpagos le pasaban siseando entre los cascos. Estrella Fugaz se encabritó, rompió las riendas y se precipitó hacia el suelo. El carromato sin reno de Reyes se balanceó de un lado a otro como una barca en el mar embravecido, y luego volcó precipitándose hacia la nada. Reyes se cayó

de la cama con estrépito, se golpeó la cabeza contra la pata de una silla y rodó debajo de la mesa.

—¡Aaaalto! —gritó—. Cielos, ¿qué sucede?

Pero entonces se precipitaba ya junto con su vehículo hacia el suelo.

La cabeza de Nicolás zumbaba y rugía como si estuviera a punto de estallar. El carromato rozó con las ruedas las copas de los árboles, chocó contra una chimenea, dobló dos antenas de televisión y aterrizó ruidosamente en el arroyo de una calle estrecha.

Una bandada de cuervos alzó el vuelo desde un tילו desnudo con furiosos graznidos. Un gato gordo y gris del susto casi resbala del caballete del tejado. Y las personas que estaban despiertas en sus camas porque la tormenta les impedía conciliar el sueño, pensaron: «¡Menudo trueno! Es como si la luna se hubiera caído del cielo».

El carromato de Nicolás rodó un corto trecho, después se apoyó en un costado, gimiendo, y se detuvo.

Nicolás apartó las manos de sus oídos y escuchó. Ya no se oían zumbidos ni rugidos, ni estrépito, sólo el retumbar del trueno. Salió a gatas de debajo de la mesa.

—¿Matilda? ¿Emmanuel? ¿Estáis bien? —gritó tanteando a oscuras en busca de su linterna de bolsillo.

Pero, claro, ya no estaba en el lugar acostumbrado. Nada estaba ya en su sitio.

—¡Ay, ay! —gorjeó alguien—. ¡Ay, ay! ¿Qué ha sido eso? Reyes, ¿qué ha pasado?

—¡Ojalá lo supiera! —murmuró Nicolás Reyes palpándose el enorme chichón de su frente.

Una cerilla flameó en la oscuridad y una pequeña y oronda mujer ángel descendió aleteando desde el armario con una vela en la mano. Un segundo ángel atisbaba, horrorizado, por encima del borde del armario.

–¡Oh, qué desgracia! –exclamó la mujer ángel, ale-
teando nerviosa alrededor de Nicolás.

Éste seguía completamente turulato, sentado de culo
en medio de libros y de vajilla rota.

–Matilda, por favor, echa un vistazo a los duendes,
¿vale? –rogó.

–¡Ah, éstos! –Matilda depositó la vela encima de la
mesa–. Ya están otra vez mascullando maldiciones. ¿No
los oyes? Puaj.

En el cajón superior de una cómoda volcada se oía
barullo. Varias voces excitadas despotricaban todas a la
vez.

–¡Sí, sí! –gritó Matilda–. Pero primero dejad de mal-
decir. O no moveré un ala, ¿entendido?

Nicolás se incorporó y caminó tambaleándose hacia
la puerta por el suelo inclinado del carromato. Miró
fuera hacia la noche, cauteloso. No se veían personas
ni animales. Nicolás se puso su abrigo rojo y con las
piernas temblorosas bajó los dos peldaños de madera
podrida del vehículo. Casi tropezó con un letrero de la
calle que asomaba por debajo del carromato. «Camino
de la Niebla», se leía. El carromato se apoyaba, ladeado,
en el arroyo. Se le habían roto dos ruedas.

–¡Ay señor, ay señor! –Nicolás meneaba la cabeza–.
Mira qué desastre. ¡Menudo cenizo estoy hecho! –ace-
chó a su alrededor sin saber qué hacer.

De su reno no se veía ni rastro. No era de extrañar.
Estrella Fugaz era invisible como todos los renos na-
videños, invisible y glotón. Nicolás sacó de su abrigo
unos panecillos especiados y los blandió, esperanzado,
en la oscuridad.

–¿Estrella Fugaz? –llamó en voz baja chasqueando
la lengua–. Estrella Fugaz, comida. ¡Vamos, ven de una
vez, penco desleal!

Nada. Ni chacoloteo de cascos, ni campanitas, ni resoplidos, ni chasquidos de lengua, sólo un postrero retumbar del trueno. Una gota de lluvia aterrizó sobre la nariz de Reyes. Plas. Al momento siguiente llovía a cántaros. Reyes retrocedió a trompicones hasta su carromato.

La lluvia caía, fragorosa, sobre el Camino de la Niebla, y los cuervos buscaron cobijo en las ramas desnudas.



